

los republicanos exiliados. Si bien, para dar una visión no parcial, cabe señalar que hubo voces discordantes y que la actitud antes citada tuvo consecuencias negativas para algunos poetas del exilio, que no comulgaban con los criterios estéticos de la poesía social, y que se empezaron a ver fisuras hacia esa aceptación en el último número de la revista. Todo ello demuestra que, efectivamente, la revista fue un verdadero puente entre las Españas, separadas por algo mucho más grande que el océano: por la cerrazón y la intolerancia.

El último capítulo del estudio introductorio, “Balance final”, nos ofrece, además de lo que el epígrafe indica, muestras de los ataques que sufrió la revista —estudiados en el entorno de la Guerra Fría— indispensable cuestión para entender las diatribas que recibió de *Nuestro Tiempo* (1949-1953), y se critica la actitud tergiversada que hacia la revista han tenido algunos investigadores recientes. A pesar de estas versiones distorsionadas, conviene destacar el papel pionero de *Las Españas* en el establecimiento de las relaciones entre el exilio y los intelectuales que residían en España. Además, este balance final trata del humanismo en la revista, pues “las alusiones al humanismo como base de los valores defendidos por *Las Españas* se reiteran una y otra vez en la revista, como si éste sirviera mejor que cualquier otro para distinguir su nacionalismo del nacionalismo del bando contrario” (pp. 279-280). *Las Españas*, dice Tuñán de Lara, “fue testimonio de las muchas dudas y angustias de los intelectuales exiliados, de sus esfuerzos, a veces fructuosos y otras fallidos, así como también de la «ausencia de brújula» que, en ocasiones, podía el exilio conllevar. Sin embargo, en ningún caso cayeron en el desespero” (pp. 272-273).

De esta descriptiva, y necesariamente apretada sinopsis, se deduce la importancia de este libro, cuya estructura combina el análisis con los testimonios, buenos índices y materiales de la revista, en una cuidada edición (también desde el punto de vista externo). Cuando todas las revistas del exilio español cuenten con un libro como éste se habrá dado un gran paso en la historia de la literatura española.

MARCELINO JIMÉNEZ LEÓN
Universidad de Barcelona

OCTAVIO PAZ, *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*.
Seix Barral, Barcelona, 1999; 425 pp.

La publicación de las cartas dirigidas durante más de treinta años por Octavio Paz a Pere Gimferrer constituye una grata sorpresa y una prueba insólita de que el moribundo arte epistolar no ha desaparecido del todo al finalizar el milenio. La sorpresa no se refiere a la rela-

ción entre los dos escritores: se sabía que los unían una larga amistad y un aprecio mutuo, sino a la inusitada calidad de las cartas de Paz, algunas de las cuales constituyen verdaderos ensayos literarios sobre diversos temas. Hay que agradecer tanto a Gimferrer como a Marie José Paz que hayan tenido la iniciativa de publicar este libro fascinante. Lo único que lamento es que el destinatario haya preferido, por modestia o por otras razones que desconocemos, quedarse en la sombra y no incluir ninguna de sus cartas a Paz. Es comprensible, pero no deja de ser una lástima: yo hubiera preferido un libro más extenso con ambas partes del diálogo porque es evidente que las páginas extraordinarias de Paz responden a un estímulo fuera de lo común.

Este intercambio complementa y contrasta con el otro epistolario completo de Paz que se publicó hace poco más de un año, en los últimos días de su vida: el sostenido con Alfonso Reyes. Se complementan por dos razones. En primer lugar, el tiempo abarcado es distinto: el de Paz-Reyes abarca veinte años entre 1939 y 1959; éste, unos treinta años entre 1966 y 1997. Pero el contraste más interesante es la inversión de los papeles. En la correspondencia con Reyes, 25 años mayor que Paz, se traza el aprendizaje y la primera madurez de éste; en el caso del presente libro tenemos a Paz en el papel de maestro, guía y modelo de un poeta mucho más joven. Más de treinta años separan a Paz de Gimferrer, nacido en 1945. Cuando se inicia la correspondencia, en 1966, Paz es una figura reconocida en el ámbito internacional (su primer premio internacional lo recibe en Bélgica en 1963) mientras que Gimferrer acaba de publicar el libro de poesía que le traerá la atención de la crítica (aunque no es, estrictamente, su primer libro): *Arde el mar*, tema de las primeras cartas. Aquí un comentario al margen: si bien es cierto que los primeros documentos reproducidos son de 1966, por un comentario de Paz en carta del 15 de abril de 1985 (p. 282) —si no es una falla de la memoria— se abre la posibilidad de la existencia de algunas cartas anteriores, acaso extraviadas.

Tal vez no sea ociosa la pregunta acerca de por qué se dio esta relación tan llena de confianza entre dos escritores de edades tan distantes. El primer acercamiento viene de Gimferrer que escribe en busca de una opinión del poeta mayor sobre su nuevo libro. Le escribe, evidentemente, porque siente no sólo admiración por lo que ha leído de Paz sino una cierta confluencia de intereses y preocupaciones. ¿En qué consiste la confluencia de entonces? Intentemos una aproximación: el experimentalismo formal, la reflexión sobre el lenguaje poético y sus mecanismos, el alejamiento de la poesía social, la actualidad de ciertos postulados del surrealismo, el lugar central de la imagen y del fluir de las metáforas en formas libres, extensas y seminarrativas. Más tarde, se revela otro terreno común: la predilección por las artes plásticas y la crítica de arte. En fin, no sorprende

descubrir que en 1981, al referirse a los poetas vivos de España, Paz declare: “Me parecen mis contemporáneos únicamente tres poetas: tú, Gil de Biedma y Valente” (p. 216). Dos años después, le confiesa: “Tengo una confianza total en tu juicio” (p. 250).

En una de tantas cartas asombrosas, motivada por el envío de una edición crítica de *Arde el mar*, Paz compara sus inicios poéticos con los de su amigo: “tu relación con la modernidad, hasta cierto punto, es análoga a la mía: ambos nos encontramos ante movimientos poéticos que habían cambiado la sensibilidad, el pensamiento y aun la sintaxis, pero que ya habían terminado. No nos quedó más remedio que *volver a empezar*” (p. 390). Y en seguida identifica lo que los singulariza: “Pero los años que separan tu evolución poética de la mía, introducen, en los dos comienzos, una diferencia capital: la ironía” (p. 391). Una diferencia no de temperamento individual sino de formación generacional: algo dictado por la historia de la sensibilidad moderna.

Es revelador que Paz haya aceptado como confidente a un español excéntrico, es decir a un catalán formado dentro de una cultura cosmopolita y europea. Desde la perspectiva de hoy, podemos contemplar todo lo que tienen en común sus respectivas obras además de las indudables diferencias. La confianza mutua se da desde muy pronto y en 1969, después del primer encuentro físico, el formalismo del usted cede a la intimidad del tú. De hecho, uno de los temas recurrentes de la correspondencia es la amistad: “la amistad es siempre algo extraordinario” (p. 127), le escribe Paz en 1976.

Dada la posición y las responsabilidades de Gimferrer en Seix Barral, es natural que gran parte de la correspondencia se ocupe de cuestiones editoriales: peticiones de colaboraciones para las revistas *Plural* y *Vuelta*, planes y proyectos de futuros libros o reediciones de algunos anteriores, largas listas de correcciones y cambios, dudas persistentes sobre títulos, tipografía y fechas de salida, discusiones de derechos y regalías. En medio de estos asuntos obligatorios para un autor y su editor, en medio de lo que Paz llama con ironía la “prosa administrativa” (p. 314), hay frecuentes revelaciones. Así, por ejemplo, Paz le expone con admirable sencillez la estética de madurez que rige un libro como *Árbol adentro*: “Qué difícil se ha vuelto, para mí, escribir una línea de poesía... mi exigencia es mayor: aspiro a una suerte de transparencia y economía en la que lo no dicho sea siempre el núcleo, el corazón secreto del poema —un misterio límpido, claro” (p. 290).

Hay un cúmulo de información en estas cartas. El lector curioso o el crítico especializado pueden encontrar muchos datos de interés sobre los libros de Paz editados por Seix Barral a partir de la década de los setenta. Ahora sabemos, por ejemplo, que *Pasado en claro* iba a llamarse *Tiempo adentro*, título que anticipa el de *Árbol adentro*. Por

otra parte, son intrigantes los proyectos individuales y colectivos no realizados, como la idea frustrada de escribir un nuevo *Renga* iberoamericano en castellano, catalán y portugués.

Es tal la riqueza y variedad de estas cartas que me veo obligado a destacar sumariamente unos cuantos temas que me llaman la atención. En primer lugar, los comentarios críticos que Paz hace sobre varios libros de Gimferrer: magníficos ejemplos de lo que Eliot y Pound (y, a partir de ellos, la “new criticism” de Richards y Empson) llamaban “crítica práctica”. El joven somete a la consideración de Paz libros tempranos como *Arde el mar* y *La muerte en Beverly Hills*; luego los de madurez, muchos de ellos publicados en un catalán denso que Paz tiene que descifrar con la ayuda del diccionario: *El espacio desierto*, *Apariciones*, *Fortuny*, *Dietario* y *Mascarada*. Paz es un lector no complaciente sino comprensivo y exigente, como lo demuestran sus elogios, críticas, reticencias y recomendaciones. Muy lejos de los rituales vacíos de la cortesía, estas opiniones y juicios constituyen ensayos de crítica literaria. A veces, sobre todo en el primer período, sus reservas tienen tal peso que Gimferrer decide no publicar ciertos manuscritos.

Una parte no menos seductora del libro gira en torno a las reflexiones de Paz sobre las memorias y autobiografías en el mundo hispánico —rescata sólo dos como esenciales: el *Ulises criollo* de José Vasconcelos y el primer tomo de las memorias de Carlos Barral (p. 193). Pero de más interés aún son las reminiscencias autobiográficas de Paz desperdigadas en varias cartas. En 1982, por ejemplo, lanza una hipótesis sobre la generación desdichada de poetas norteamericanos marcados por la locura y el suicidio (Lowell, Berryman, Roethke, Jarrell y Plath), “ese grupo de poetas diezmados por el alcohol y las enfermedades del alma” (p. 224). Aquí son reveladores sus comentarios sobre el psicoanálisis, doctrina que Paz rechaza como instrumento hermenéutico (lo ve como una ideología o pseudo-religión), pero cuya importancia reconoce como fuente de recursos expresivos para los poetas mencionados: “todos ellos vivieron sus infiernos privados en términos psicoanalíticos. Freud no los curó pero les dio un vocabulario y una sintaxis” (pp. 224-225). Pero esta dependencia retórica constituye una limitación para la autonomía estética de sus textos. Es decir: “Leemos sus poemas *desde* su biografía” (p. 226) y no a la inversa, como prefiere Paz. Y esta comprobación lo lleva a una larga meditación sobre su biografía: por su edad pertenece a la misma generación y si se hubiera quedado en los Estados Unidos en 1945 en lugar de ingresar en el servicio diplomático y trasladarse al París de los existencialistas y los restos del surrealismo, su destino hubiera sido otro. La diplomacia fue su “tabla de salvación”. Este hecho biográfico es determinante para su evolución poética. Sus poemas escritos en Norteamérica entre 1944 y 1945, si bien los ve como una prefiguración de la llamada poesía confesional de

Lowell y sus compañeros, representan de todas formas un desarrollo truncado: “Esos poemas no tuvieron continuación. Hubo en mí un poeta que no acabó de expresarse...” (p. 231). Deja así en varias cartas las semillas de un verdadero ensayo de poética comparada.

Abundan en estas páginas comentarios sobre lecturas, opiniones sobre autores cercanos y distantes. Es maravilloso seguir el itinerario de un lector tan voraz en sus relecturas: Góngora y Quevedo, Alberti y Neruda, Cernuda y Guillén, Heredia y Blas de Otero, Lope y Machado, Sor Juana y Cocteau, Schopenhauer y Nietzsche. Pero hay piezas mayores que podrían tener autonomía como ensayos literarios del más alto nivel. Por ejemplo, las páginas dedicadas a la poesía tardía, poco conocida, de Juan Ramón Jiménez (pp. 102-104), poesía que felizmente vuelve a circular en estos días en la edición que acaba de publicar el Círculo de Lectores. De nuevo, Paz expresa su admiración y sus reticencias. Pero el ejemplo supremo es, para mi gusto, el estupendo ensayo de poética comparada que se encuentra en varias cartas de 1988 y 1989 y que toma a Proust y a Eliot como modelos encontrados de “la redención del tiempo por la memoria creadora” (p. 333), atraídos los dos por la “tentación religiosa” (p. 341).

Entre los muchos libros releídos por el poeta maduro, destaca la *Antología griega*, fuente de inspiración de varias composiciones de Paz. En carta de 1975 comenta que ha encontrado en la edición de Peter Jay (selección de versiones modernas al inglés realizadas por distintos poetas) uno de los dos epigramas atribuidos a Claudio Ptolomeo, el matemático y astrónomo del siglo II de nuestra era. Reproduzco en seguida las dos versiones que figuran en la edición de Jay (el texto original figura en la *Antología palatina*, libro 9, número 577). La primera versión se debe a Dudley Fitts, poeta y traductor norteamericano:

“Star-Gazing”

That I am mortal I know and do confess
 My span of day:
 but when I gaze upon
 The thousandfold circling gyre of the stars,
 No longer do I walk on earth
 but rise
 The peer of God himself to take my fill
 At the ambrosial banquet of the Undying.

La segunda versión es de Robert Bridges, poeta inglés, amigo y editor de Gerard Manley Hopkins. Bridges intenta recrear, en inglés, la métrica cuantitativa clásica:

Mortal though I be, yea ephemeral, if but a moment
 I gaze up to the night's starry domain of heaven,
 Then no longer on earth I stand; I touch the Creator,
 And my lively spirit drinketh immortality.

Los textos anteriores, muy diferentes entre sí, constituyen los puntos de partida de Paz. Si leemos ahora la versión de éste, incluida en su carta a Gimferrer como un “pequeño homenaje a Claudio Ptolomeo”, notamos en seguida la superioridad (mayor concentración, economía elíptica pero polisémica y lenguaje más directo, menos arcaico):

Soy mortal: poco duro
 y la noche es enorme.
 Pero miro hacia arriba:
 las estrellas escriben.
 No leo su escritura,
 sin entender comprendo.
 También soy escritura
 y me trazó la misma mano (p. 83).

Y si leemos ahora “Hermandad”, la versión revisada que se publicó doce años después, en 1987, en la primera edición de *Arbol adentro*, podemos apreciar el efecto de los cambios, inversiones, supresiones y, sobre todo, la perfección de los dos nuevos versos finales:

Soy hombre: duro poco
 y es enorme la noche.
 Pero miro hacia arriba:
 las estrellas escriben.
 Sin entender comprendo:
 también soy escritura
 y en este mismo instante
 alguien me deletrea.

Un poeta menos exigente se hubiera quedado con el primer intento. Hay varios poemas más que aparecen en estas cartas en primeras versiones, pero éste es sin duda el más significativo.

Otro asunto recurrente y obsesivo de la correspondencia se centra en las difíciles y conflictivas relaciones de Paz con una parte de los intelectuales mexicanos. Cada vez que regresa al país, después de algún viaje, se agudiza la conciencia de un desencuentro. En 1988 le escribe a Gimferrer: “Un perpetuo *malentendu* evenena mi relación con mi propia gente, sobre todo con los escritores, los artistas y los intelectuales” (p. 324). Es evidente que le duelen los ataques dictados por el resentimiento, la envidia, el fanatismo ideológico o el simple desconocimiento. Los malentendidos suelen provocar melancolía y resignación, pero en 1985, después del escándalo desatado por el dis-

curso de Francfort, formula una sorprendente hipótesis sobre su papel en la cultura nacional. Y digo “sorprendente” porque Paz parece encontrar cierta consolación en la autoasignación de un papel sacrificial: “La única manera de curarlos y desarmarlos es dialogar con ellos. ¿Es posible? Lo ha sido en Europa y en otras partes, ¿por qué no ha de serlo en México? Tal vez mi misión —o más bien dicho: mi *función*— en la historia de la cultura moderna de México ha consistido en preparar este diálogo. No me tocará participar en él pero lo habré hecho posible. Con esto te quiero decir que siento que se ha cerrado un período de mi actividad: desde ahora mi tema no será ya ideológico —dije lo que tenía que decir— sino poético: mi propia vida (y mi propia muerte), Marie José, mis amigos, mis sueños, mis sueños y pesadillas, mis muertos y mis fantasmas, el lugar donde vivo, mi tiempo —el tiempo, los tiempos...” (p. 279).

¿Se justifica esta consolación o se trata más bien de una compensación ilusoria? Nos falta perspectiva para pronunciarnos al respecto, pero yo me inclino por una lectura pesimista. De todas maneras, lo que impresiona en este libro es la permanente y radical conciencia de soledad que acompaña al poeta en todo momento. En este sentido, la incomprensión u hostilidad de un sector de la intelectualidad mexicana es aceptada como inevitable porque viene a comprobar la esencial soledad del poeta y del ser humano en general. A partir de su conocida idea de la soledad física y psíquica de la civilización americana, Paz vislumbra la posibilidad de comunión en el aislamiento compartido de dos escritores solitarios: “apenas si tenemos interlocutores en nuestros países”, le dice a Gimferrer y, en otra parte, “Tengo hambre y sed de conversación inteligente” (p. 259).

Imposible detenerme en todos los temas dignos de comentario en este libro, pero no me gustaría dejar de mencionar algunos, aunque sea de paso: la pregunta enigmática cuya respuesta ignoramos (“¿qué lee realmente el poeta al releer su poema?”); ciertos deseos íntimos largamente postergados, como el de visitar Galicia en busca de la remota genealogía celta de su apellido; confesiones como la que se refiere a los períodos de melancolía y acedia; su creciente admiración por la obra artística de su esposa Marie José; el recuento de los estorbos representados por las infinitas interrupciones, encargos y visitas que no permiten terminar los proyectos (“El secreto del escritor... consiste en ser un buen administrador de sus distracciones”, pp. 157-158); las muy gráficas impresiones de lugares visitados en los frecuentes viajes, especialmente el retorno a la India y Japón en 1984 (pinceladas de un paisajista y analista verbal que nos llevan de la geografía y la naturaleza a la arquitectura, la política, los libros y los amigos reencontrados en el placer de la conversación); breves y fascinantes disquisiciones eruditas sobre el hermetismo y la numerología; el registro de varios asuntos contextuales como la reacción colectiva

ante el terremoto de 1985; el divertido relato de una extraña reunión de varias personas en Houston en 1979 con el Dalai Lama (pp. 194-196); por último, la insólita confidencia por escrito de la persecución de su ex-esposa y de su hija (p. 81).

Tiene razón Pere Gimferrer cuando afirma que en *Memorias y palabras* se encuentran “algunas de las mejores, más conmovedoras, más bellas y más apasionantes páginas de prosa que haya escrito jamás Octavio Paz” (p. 12). Este libro, que no fue pensado ni escrito como libro, nos ofrece un altísimo ejemplo de las posibilidades del arte epistolar en una época, como la nuestra, que no es propicia a su cultivo.

ANTHONY STANTON
El Colegio de México